

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Juan Pro

“Utopía y socialismo”

p. 25-50

En ningún lugar y en todas partes

Utopía y socialismo, un horizonte compartido

Carlos Illades, Rafael Mondragón y Francisco Quijano
(edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Instituto de Investigaciones Históricas

Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

2020

328 p.

Ilustraciones, fotografías

(Ediciones especiales 104)

ISBN 978-607-30-3884-3 (UNAM)

ISBN 978-607-28-1925-2 (UAM)

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de octubre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/726/ningun_lugar.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Utopía y socialismo

Juan Pro
Universidad Autónoma de Madrid

Los conceptos de *utopía* y *socialismo* han estado históricamente vinculados, hasta el punto de resultar indisociables los destinos de uno y otro durante largo tiempo. De hecho, la obra en la que el término *Utopía* fue creado por Tomás Moro, en 1516, describía una sociedad ideal en la que había desaparecido la propiedad privada, considerada por el autor como fuente de todos los males de la modernidad; y los utopianos vivían de forma comunitaria bajo un Estado igualador que recuerda bastante a lo que desde el siglo XX se llamaría *socialismo*. No es raro por ello que en la Unión Soviética se rindiera culto a la figura de Moro. La de Moro no es la única utopía del Renacimiento que ha sido identificada como socialista *avant la lettre* por su contenido; también la *Ciudad del Sol* de Tommaso Campanella (1602) ha sido vista así *a posteriori* por algunos autores.¹

La palabra *Utopia*, inventada por Moro, procedía del griego y, por ello, constituyó durante siglos un extranjerismo en la lengua española: un término utilizado en mayúscula y sin acento, que aludía metafóricamente a la isla imaginaria de Moro. Penetró en el lenguaje político español de ambos lados del Atlántico a través del francés, en la época de las revoluciones de la primera mitad del XIX.²

En los primeros textos en español que utilizan la palabra *utopía* como sustantivo común, escritos en las décadas de 1820 y 1830, aparece ya vinculada al socialismo como dos partes de

¹ Por ejemplo, Ángel Augier, en un texto fechado en La Habana el 29 de octubre de 1946, recopilado en Augier, *Prosa varia*, p. 353. También Marías, *Historia de la Filosofía*, p. 184.

² Pro, "Utopia in Spanish: Origin of a Word, History of an Idea", pp. 15-23.

una misma ecuación. Por ejemplo, en el poema de Manuel Bretón de los Herreros *La desvergüenza* (1828), el escritor romántico utilizaba ambos conceptos desde su perspectiva conservadora, al elogiar el pragmatismo de los obreros españoles en comparación con los desvaríos ideológicos de los franceses:

XXXVIII

26

Por dicha, aquí no es fácil que el obrero
Los perniciosos hábitos contraiga
Que cunden por allá, y el buen sendero
Abandonando, en el abismo caiga:
Aquí del *socialismo* lisonjero
No la doctrina pérfida se arraiga;
Ni ella haría más próspero el estado
Del que es trabajador, hábil y honrado.

XXXIX

El artesano aquí, sin esa embrolla
Que exalta y fanatiza al de Lutecia,
Su pitanza asegura, y no en su cholla
Hierva tanta *utopía* horrible ó necia.³

Pero igualmente desde el campo contrario, un liberal progresista cercano al socialismo como Antonio Ribot podía escribir en 1839:

La doctrina que intentase organizar una sociedad perfecta no hay duda que sería una *utopía*, un prurito loco de innovar; pero nadie intenta eso; señalar con el dedo el camino que se debe seguir, no es indicar el punto a que se puede llegar. El amor y la fraternidad son los cimientos del edificio de *los socialistas*; sus libros no llevan una mancha de sangre; han esparcido sus semillas y esperan; sus dogmas están lanzados hacia el porvenir. El tiempo pasa pero no

³ Bretón de los Herreros, *Poesías*, p. 449. El subrayado es mío.



UTOPIA Y SOCIALISMO

muere, y es más poderoso que los hombres; él demostrará que *el socialismo no es una utopía*.⁴

La familiaridad entre ambos conceptos se ha prolongado hasta nuestros días, constituyendo el título de esta obra solo un ejemplo más entre muchos. No obstante, la relación entre ellos ha sido problemática desde el principio: tan pronto se presentaba la utopía como un obstáculo para el socialismo, como se negaba que el socialismo pudiera ser reducido a pura utopía. Tal conflicto no ha desaparecido nunca; pero ha cambiado en el tiempo, dando lugar a una creciente asociación histórica entre el socialismo y la utopía.

27

Cabe preguntarse a qué se debe esa asociación entre los términos *utopía* y *socialismo*, cómo ha sido posible, qué sentido tiene y qué consecuencias. Y lo primero que descubrimos es que tal asociación se ha producido por dos vías distintas, las que se identifican con los conceptos de *socialismo utópico* y de *utopía socialista*.

SOCIALISMO UTÓPICO VERSUS UTOPIA SOCIALISTA

La etiqueta de *socialismo utópico* fue creada desde el interior del movimiento socialista. Procedía de Marx y Engels, de un argumento que había aparecido ya en el *Manifiesto comunista* (1848), pero que se popularizó gracias a la obra de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1880). Aquel folleto se publicó en francés a instancias de Paul Lafargue, tomando tres capítulos del *Anti-Dühring*, y fue inmediatamente traducido al español. Si *socialismo* era un neologismo relativamente reciente, acuñado por Pierre Leroux en 1834, la expresión *socia-*

⁴ Ribot y Fontseré, *Poesías escogidas*, p. 257. El subrayado es nuestro.

JUAN PRO

28

lismo utópico no había tardado mucho más en aparecer, pues la usó por primera vez Adolphe Blanqui en 1837.⁵ Engels y Marx se limitaron a popularizarla, aplicando esa etiqueta a los grandes pensadores socialistas anteriores a ellos, que se concretaban en el trío de Saint-Simon, Fourier y Owen.

En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels expresaba su respeto hacia la crítica al capitalismo de estos tres pensadores, admirándose “de las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía y que los filisteos son incapaces de ver” su crítica al capitalismo.⁶ Pero tomaba distancia frente a ellos, denunciando que su planteamiento de emancipación global de la humanidad encubría el hecho de que no actuaban “como representantes de los intereses del proletariado”.⁷ El procedimiento de aquellos que en otro momento llama “socialistas tradicionales” era ingenuo e inviable, lo cual permitía prescindir de ellos como inútiles para un análisis objetivo de las condiciones materiales de la clase obrera y del éxito de su futura revolución.⁸

El concepto de *socialismo utópico*, por tanto, era peyorativo: estaba destinado a descartar por anticuado, inocente y contraproducente aquel socialismo romántico primigenio, contraponiéndolo al *socialismo científico* que los propios Marx y Engels preconizaban. Un socialismo este que se pretendía más realista, basado en el descubrimiento —supuestamente científico— de las leyes del materialismo histórico y del materialismo dialéctico. Socialismo de clase, centrado en la destrucción revolucionaria del capitalismo, que rehuía fantasear sobre los detalles de cómo sería la sociedad futura.

⁵ Leroux, ‘*De l’égalité, précédé de ‘De l’individualisme et du socialisme’*; Blanqui, *Histoire de l’économie politique en Europe depuis les anciens jusqu’à nos jours, suivie d’une bibliographie raisonnée des principaux ouvrages d’économie politique*.

⁶ Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, p. 45.

⁷ *Ibid.*, p. 41.

⁸ *Ibid.*, p. 45.

UTOPIA Y SOCIALISMO

Junto a ella, existía otra etiqueta igualmente descalificadora, la de *utopía socialista*; pero en este caso lanzada desde fuera del ya mencionado movimiento. Desde el momento mismo en que apareció como corriente de pensamiento crítica del capitalismo moderno y como movimiento de lucha contra ese sistema, los conceptos de *utopía* y *utópico* fueron utilizados para descalificar al conjunto del socialismo, y no solo a la parte no marxista del mismo, como había pretendido Engels.

Al hacerlo, se aplicaba el significado más común que la palabra *utopía* tenía en el siglo XIX, que era el de una fantasía irrealizable, a cuyos autores se reprochaba una cierta irresponsabilidad. Fueron muchos los textos en los que se descalificaban los proyectos de cambio social, asimilándolos a aquel primer esbozo de imaginación de un modelo alternativo que había publicado Moro en su *Utopía* de 1516. Los encontramos desde la década de 1840, cuando el uso del término empezó a hacerse muy frecuente en la prensa, denotando su comprensibilidad por un público que ya lo había incorporado al vocabulario corriente. Por ejemplo, *El Católico* de Madrid decía en 1849 que “el socialismo es una utopía; pero las miserias sociales son una realidad”;⁹ y en el mismo año, *El Heraldo* decía que “el sistema constitucional aparece á los ojos de nuestros vecinos [los franceses] preferible á las utopias de los socialistas”.¹⁰ También, por la misma época, aparecía esa vinculación del socialismo con la utopía en discursos y conferencias como las lecciones de Nicomedes Pastor Díaz en el Ateneo de Madrid, una de las cuales estuvo dedicada, en 1848, a “Los problemas del socialismo”. En ella dijo cosas como estas:

29

¡Oh, Señores! Alguna vez hemos visto en los escritos de los socialistas modernos poéticas y deliciosas pinturas de la felicidad del ocio y del bienestar, que se prometían en el paraíso de sus utópicas

⁹ *El Católico*, Madrid, 27 de junio de 1849, p. 6.

¹⁰ *El Heraldo*, Madrid, 12 de agosto de 1849, p. 1.



JUAN PRO

creaciones: hemos visto animadísimos cuadros, en que se elevaban a la región de la más alta poesía las escenas más prosaicas de la vida, y en que se revestían de las ilusiones de un cuento de Hadas, o de una comedia de magia los trabajos, al parecer más penosos y repugnantes, a que vemos diariamente entregadas las nueve décimas partes de la población humana.¹¹

En América Latina se encuentra el mismo tipo de expresión sobre la “utopía socialista”, que remite al mismo mecanismo discursivo de asimilar ambas ideas. Por ejemplo, en la Argentina de 1870 la vemos aparecer en un escrito de Lucio Mansilla:

30

Estos bárbaros, dije para mis adentros, han establecido la ley del Evangelio, hoy por ti, mañana por mí, sin incurrir en las *utopías del socialismo*; la solidaridad, el valor de cambio para las transacciones; el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; entre ellos se necesitan especies para las permutas, crédito para comer.¹²

Y poco después aparece en una novela del escritor modernista colombiano José Asunción Silva, formando parte de la descalificación global del socialismo por su carácter materialista e igualador:

Llaman la realidad todo lo mediocre, todo lo trivial, todo lo insignificante, todo lo despreciable; un hombre práctico es el que poniendo una inteligencia escasa al servicio de pasiones mediocres, se constituye una renta vitalicia de impresiones que no valen la pena de sentir las. De esa concepción del individuo arranca la organización actual de la sociedad, que el más ilustre de sus detractores llama “una sociedad anónima para la producción de la vida de emociones limitadas”, y esa concepción de la vida sirve de base a

¹¹ Díaz, “Los problemas del socialismo”, p. 175.

¹² Mansilla, *Una excursión a los indios Ranqueles*, p. 276. El subrayado es nuestro.



UTOPIA Y SOCIALISMO

la estética de Max Nordau que clasifica las verdaderas obras de arte como productos patológicos y a la *asquerosa utopía socialista* que en los falansterios con que sueña para el futuro, repartirá por igual pitanza y vestidos a los genios y a los idiotas.¹³

La asimilación se convirtió, pues, en un lugar común del discurso conservador de las dos orillas del Atlántico. Formó parte del vocabulario común de un autor tan influyente entre los reaccionarios hispanohablantes como Marcelino Menéndez Pelayo, quien insistía en 1880 y 1881 en que ambos, socialismo y utopía, llegaban a la piadosa España por contaminación de Francia:

31

Las mismas teorías filosófico-sociales y humanitarias, proclamadas en Francia, llegaban aquí mucho más por las novelas de Jorge Sand, o por los indigestos abortos, hoy olvidados, de Eugenio Sué. Una de las pruebas más señaladas de la confusión de ideas y de la poca noticia que en España había de las modernas utopías socialistas, nos la da el hecho de haber publicado en sus folletines, periódicos conservadores como *El Heraldo*, novelas socialistas, al modo de *Martín el Expósito* o de los *Misterios de París*.¹⁴

Y pronunciamientos similares podríamos encontrar en las obras de literatos ilustres, cuyas novelas alcanzaron gran difusión, como Leopoldo Alas *Clarín* (en 1893), Juan Valera (en 1895), Benito Pérez Galdós (en 1902, en sus *Episodios nacionales*) o Ramón del Valle-Inclán (ya en 1927).¹⁵ A partir de un momento, avanzado el siglo xx, esa vinculación de lo socialista con lo utópico llegó a plasmarse incluso en las letras grandes de los titula-

¹³ Silva, *De sobremesa*, pp. 138-139. El subrayado es mío.

¹⁴ Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, VI, p. 365.

¹⁵ Clarín, *El señor y lo demás son cuentos*, p. 224; Valera, *Juanita la Larga*, p. 139; Pérez Galdós, *Las tormentas del 48*, p. 182; Valle-Inclán, *La corte de los milagros*, p. 52.



res de los periódicos: por ejemplo, en el que dedicó el periódico católico integrista *El Siglo Futuro* en 1920 a “La gran utopía. Los errores fundamentales del socialismo”.¹⁶

32 El significado del sintagma *utopía socialista* —mucho más abundante en la prensa y en el ensayismo del XIX que el de *socialismo utópico*— era netamente conservador. Con él se daba por supuesto que todo socialismo era, al mismo tiempo, irrealizable (absurdo, irracional e imposible), ingenuo (fantasioso, quimérico, ilusorio y ridículo) y peligroso (amenazador y temible). Por esa vía, en los siglos XIX y XX el socialismo se convirtió en el núcleo duro del concepto de *utopía*, dando a este una amplitud mucho mayor.

AGRANDAR LA UTOPIÍA

La ampliación de los significados que englobaba el concepto de utopía, producida por efecto de su asimilación con el socialismo, se manifestó en distintas direcciones. Para empezar, estaba claro que, si incluía al socialismo, el concepto de *utopía* no podía limitarse ya a un género literario de ficción consistente en describir sociedades imaginarias perfectas en lugares remotos o inexistentes —como hiciera Moro con su famosa isla—. Ahora, el significado de la utopía implicaba un viaje en el tiempo y no en el espacio, pues la sociedad perfecta de la que se hablaba no se imaginaba situada en un no-lugar como la isla de Utopía, sino en un tiempo futuro. Este cambio, del desplazamiento de lugar al desplazamiento de tiempo hacia el futuro, con el cual nació la utopía contemporánea, tenía precedentes desde el siglo XVIII, en obras como *L'an deux mille quatre cent quarante* de Mercier (1771);¹⁷ pero no

¹⁶ *El Siglo Futuro*, Madrid, 27 de diciembre de 1920, p. 1.

¹⁷ Mercier, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*.



UTOPIA Y SOCIALISMO

fue observado ni teorizado hasta 1929, cuando Karl Mannheim recogió la idea de la obra de Alfred Doren y la desarrolló.¹⁸

Junto con este desplazamiento desde el utopismo clásico al utopismo de esperanza, también cambiaron el tipo de fenómenos en los que la utopía podía manifestarse. Desde la irrupción del socialismo, la esencia de la utopía pasó a centrarse en la crítica política y social. La crítica del modelo sociopolítico existente, por la vía de proponer un modelo alternativo más deseable, pasó a constituir el criterio para distinguir una utopía de lo que no lo era. Eso significaba que ya no se considerarían utopías solamente ciertas descripciones literarias de sociedades inexistentes; es decir, que la utopía ya no sería solo texto, sino que podría ser también acción, práctica, experiencia —tenga o no tenga detrás un texto utópico que la inspire—. Desde mediados del siglo XIX, por tanto, entrarían bajo la categoría de utopías otras dos clases de fenómenos, que podríamos llamar utopías *micro* y utopías *macro*.

33

Las *microutopías* serían las comunidades experimentales de pequeña escala que, con carácter modélico, construyeron desde el siglo XIX multitud de movimientos: no solo los socialistas propiamente dichos (del tipo de los falansterios fourieristas, comunidades icarianas o colonias owenistas), sino también anarquistas, sionistas, tolstoianos, ecologistas, hippies, gandhianos, etcétera. Estas eran las realizaciones prácticas de aquello que el marxismo había estigmatizado como *socialismo utópico*. Las *macroutopías* serían, en sí mismas, los movimientos sociales revolucionarios que luchaban por un modelo político, económico y social radicalmente distinto del actual. Esto incluía fundamentalmente al socialismo, pero no exclusivamente.

La ampliación del concepto de utopía que acabamos de describir, procedente de su asimilación con el socialismo, tuvo con-

¹⁸ Mannheim, *Ideología y utopía*, pp. 208-209; citando a Doren, “Wunschräume und Wunschzeiten”, pp. 158 y ss.

secuencias no buscadas, que determinaron una cierta rehabilitación de lo utópico. Los sostenedores del discurso conservador que descalificaba al socialismo, afirmando que éste era una utopía, no tuvieron suficientemente en cuenta que, como se decía en el primer diccionario español en el que se definió la voz *utopía*, entre 1853 y 1855, esta hacía referencia a “cualquier idea que es aceptable en teoría, aunque imposible de realizar”.¹⁹ Y la Real Academia Española, cuando se decidió —tardíamente— a aceptar la legitimidad del uso del sustantivo común *utopía* en la lengua castellana, en 1869, mantuvo una definición similar: “plan, proyecto, sistema ó doctrina que halaga en teoría, pero cuya práctica es imposible”.²⁰ Es decir, que si bien el concepto de *utopía* implicaba imposibilidad de realización práctica, conlleva también otro rasgo necesario: el de que esa sociedad imaginaria que parece imposible ha de ser también deseable, una sociedad mejor que la actual; si no, no es una utopía. De manera que, al lanzar contra los socialistas la acusación de que su ideal era una utopía, en el sentido de que era irrealizable, se estaba reconociendo también que su modelo de futuro era bueno, óptimo en realidad. En el fondo, esa tensión de la utopía entre algo bueno (*eutopía*, “el buen lugar”) y algo que no puede existir (*outopía*, “no-lugar”) ya estaba implícita en el juego de palabras con el que Tomás Moro ideó el título de su obra; y había sido subrayado en el siglo xvii por Francisco de Quevedo.²¹

El socialismo quedaba así legitimado por sus adversarios como un buen ideal, aunque imposible. Pero, ¿realmente era imposible? La imposibilidad nunca es absoluta: se trata de un concepto

¹⁹ *Diccionario enciclopédico de la lengua española: con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno*, 1853-1855.

²⁰ Real Academia Española, *Diccionario usual de la lengua castellana*, 11ª edición.

²¹ López Estrada, “Quevedo y la Utopía de Tomás Moro”, 1967.



UTOPIA Y SOCIALISMO

social y culturalmente construido y, por lo tanto, es histórico. Lo que le parece imposible a una generación puede ser moneda corriente para la siguiente, como aprendieron nuestros abuelos del siglo XIX, experimentando a su alrededor la multitud de cambios rápidos y profundos que trajo la modernidad en todos los órdenes —sobre todo en el plano de la ciencia y de la técnica—. La rapidez del progreso científico-técnico dejaba rápidamente anticuado cualquier prejuicio sobre lo que era posible e imposible; y esa apertura de miras se transfería también a la organización política y social, haciendo que ya no hubiera verdades absolutas, sino una frontera móvil en la cual resultaba concebible que algunas utopías —como el socialismo— parecieran inviables para el presente, pero necesarias para marcar el rumbo del porvenir.

35

Un planteamiento de este tipo lo encontramos con frecuencia en la prensa en torno al cambio de siglo, sin distinción de tendencias ideológicas. Por ejemplo, en un extenso artículo de la *Revista Contemporánea* de 1898, que extendía la caducidad de la frontera utópica de lo científico a lo social:

El socialismo camina lógico, lleno de fe, sin desmayos ni vacilaciones [...]; obedece á una ley que preside todos los actos humanos, todos los más grandes y trascendentales movimientos de la humanidad. La idea se inicia, fermenta, germina, se difunde; de mera especulación se convierte en manifestación práctica; *utopia hoy, posibilidad mañana*, llega por fin á vencer si las circunstancias la ayudan, si la razón la abona, si la sostiene la ciencia, si la conveniencia la apoya y si el bien general ha de ser su resultado.²²

Incluso encontramos, en 1900, un editorial del periódico del liberal Segismundo Moret en el que, con motivo del Primero de Mayo, se elogia al Partido Socialista Obrero Español a los 21

²² Gil Maestre, “El problema obrero”, p. 88. El subrayado es nuestro.



años de su fundación, sobre la base de un reconocimiento del papel de la utopía:

36

La utopía de hoy, es la realidad del mañana. A nadie mejor que al Partido Socialista Obrero, puede aplicarse por modo más gráfico el concepto en esa frase contenido. Cuando aquél formuló su programa de redención, las demás clases de las sociedades le creyeron imposible; todas se asustaron suponiendo que se les iba encima el diluvio y que la anarquía más espantosa trataba de imponerse á los organismos existentes, sustituyéndolos por el caos. Han transcurrido pocos años y ya las huestes del proletariado constituyen una fuerza importante que va reivindicando sus derechos é influyendo de una manera eficaz en la gobernación de los pueblos, siendo objeto preferente de los cuidados del estadista y de las atenciones del legislador.²³

La misma idea aparece en otro editorial de *La Correspondencia de España* del día siguiente: “Aquella verdad absoluta del individualismo se va trocando en mentira, y aquella utopía del socialismo puede constituir un hecho que se imponga por su razón al convencimiento”.²⁴ E incluso *La Correspondencia Militar* se pronunciaría sobre el socialismo en términos similares, en un editorial poco posterior:

Fué un día el socialismo aspiración de los desheredados, que algunos consideraron utopía irrealizable; es hoy un hecho real y tangible, y sus adeptos forman un partido respetable, con organización y dirección propias, que marcha resueltamente á la consecución de sus ideales.²⁵

Por otro lado, estos textos parecen aludir también a lo que había significado el giro reformista de la socialdemocracia eu-

²³ *El Día*, Madrid, 1 de mayo de 1900, p. 1.

²⁴ *La Correspondencia de España*, Madrid, 2 de mayo de 1900, p. 1.

²⁵ *La Correspondencia Militar*, Madrid, 10 de junio de 1903, p. 1.



UTOPIA Y SOCIALISMO

ropea desde la muerte de Engels en 1895. El ideal socialista podía ser considerado imposible en su formulación máxima, típicamente utópica. Sin embargo, si se había aceptado —al llamar utópico al socialismo— que era imposible, pero bueno en teoría, quizá una versión gradualista, que fuera aproximando ese tipo de sociedad mediante reformas sucesivas y que descargara al resultado final de sus aspectos más radicales, resultaría aceptable para una gran mayoría social. Ese camino de moderación o revisionista, efectivamente, fue por el que se adentró gran parte del socialismo mundial desde su teorización por Bernstein en su libro de 1899, fundador del siglo xx.²⁶

37

Por su parte, los socialistas mismos reaccionaron ante la acusación reiterada de que su planteamiento constituía una utopía, dándole la vuelta al argumento conservador y asumiendo con orgullo la etiqueta de *utópicos*. Empezaron a decir que sí, que el socialismo tenía un componente utópico y que eso era algo digno y valioso. A medida que avanzó el siglo xx, los socialistas vieron cada vez más claramente cómo su ideal de romper con lo existente se reflejaba en ese concepto de utopía:

Es, pues, necesario, jóvenes socialistas, dejar de ser bestias que con los ojos tapados dan vueltas á la noria. Videntes de un régimen justo, no puede asustarnos la utopía. Marchemos á la conquista de nuestras ideas, no por la carretera como bueyes uncidos, sino como corzos ligeros, y en llegando á algún sitio donde la planta humana no haya pisado, rompamos sin temor la virginidad del suelo para seguir adelante, adelante, hasta conseguir el punto de arribada.²⁷

La utopía, pues, empezó a tener una acepción positiva, que no insistía tanto en la imposibilidad de realizar la idea como en el valor de la idea en sí, capaz de abrir el camino hacia un futuro

²⁶ Bernstein, *Socialismo evolucionista*.

²⁷ Lucio M. Gil, "La rutina", *Vida socialista*, Madrid, 1 de enero de 1911, p. 11.

mejor, trazar el rumbo hacia el que debían dirigirse los cambios y aunar voluntades para luchar por ese futuro ideal.

REHABILITAR LA UTOPIÍA

38

La asociación entre socialismo y utopía, que había comenzado teniendo en el siglo xix un sentido descalificador, tanto dentro como fuera de las filas socialistas, acabó teniendo un sentido bien diferente en el siglo xx. A partir de la catástrofe de la Gran Guerra, que traumatizó a toda una generación con la aparente negación de todas las utopías anteriores, y de la Revolución rusa, que interrogaba con fuerza a los socialistas acerca del carácter utópico de sus ideales, se invirtió el valor implícito del concepto de *utopía* aplicado al socialismo. Algunos pensadores clave reivindicaron la necesidad de las utopías y situaron en el centro de esa reivindicación al socialismo mismo como la gran utopía cuya realización seguía pendiente.

En ese sentido, hay que recordar la obra *Ideología y utopía*, de Karl Mannheim (1929). En ella separaba al socialismo del concepto de *ideología*, reservado para aquellas doctrinas y planteamientos que, de una manera o de otra, contribuyen al mantenimiento del *statu quo* con todos sus componentes de desigualdad, explotación y alienación. Por el contrario, el socialismo entraría más bien en la categoría de las utopías; pero no por su contenido de fantasía, sino todo lo contrario, porque las utopías “consiguen, por medio de una actividad de oposición, transformar la realidad histórica existente en otra más en consonancia con sus propias concepciones”.²⁸ Es decir, que lo que da valor de utopía al socialismo es su capacidad para trascender la situación social de su tiempo con un grado de realismo que se materializa en su

²⁸ Mannheim, *Ideología y utopía*, p. 199.



UTOPIA Y SOCIALISMO

realización efectiva posterior. La utopía solo parece irrealizable desde el punto de vista de un orden social determinado ya existente, pero no es irrealizable en sí misma: “Solo en la utopía y en la revolución existe vida verdadera; el orden institucional es, siempre, tan solo el residuo dañino que queda de las revoluciones decaídas”.²⁹

En segundo lugar, hay que aludir a Ernst Bloch, por sus dos obras sucesivas en torno a este tema, *Espíritu de la utopía* (1918) y *El principio esperanza* (1938-1947). En ellas rescataba el socialismo y lo reivindicaba, precisamente, recurriendo a conceptos como utopía y esperanza. La “revolución blochiana” consistía en insertar fuertemente a la utopía en el futuro, en un futuro concebido dialécticamente, que permite vivir con la esperanza de su realización. Partiendo de conceptos como el *todavía-no* y de la doctrina del *ser inacabado*, Bloch concibe la utopía como un paso intermedio, un instrumento para llegar al acabamiento futuro, la plena realización del hombre, el fin de la alienación. Por lo tanto, la utopía no es ya la mera expresión imaginativa de un mundo nuevo, sino la esperanza fundada de ese mundo nuevo que va a llegar dialécticamente. Y es el socialismo —qué duda cabe— ese mundo futuro y utópico que mantiene vivas las esperanzas, incluso en un escenario histórico tan duro como la Europa de entreguerras, del fascismo y del estalinismo, que Bloch conoció (y Mannheim también).

Por su parte, Martin Buber, en *Caminos de utopía* (1947), inició la rehabilitación del llamado *socialismo utópico*, el de la tríada Saint-Simon/Fourier/Owen; pero también el de algunos anarquistas como Proudhon, Kropotkin y Landauer, y el de todo el movimiento cooperativista.³⁰ Para Buber no puede oponerse socialismo utópico a socialismo científico, puesto que el conti-

²⁹ *Ibid.*, p. 201.

³⁰ Buber, *Caminos de utopía*, pp. 28-111.



40

nuo avance de la ciencia va mostrando que las propuestas que antes se tachaban de utópicas, son avaladas por la ciencia unos años después. El utopismo forma parte de la historia espiritual de la humanidad, en la cual cumple la función creativa de dar forma a los deseos colectivos, y así generar imágenes del “deber ser”.³¹ La utopía merece todo respeto y toda atención, puesto que en ella anida la espontaneidad popular, el socialismo más auténtico, ensayando fórmulas comunitarias y experiencias de lo que el futuro debería ser; frecuentemente en contraste contra las grandes construcciones ideológicas socialistas, contra las interminables luchas de poder dentro de los partidos llamados socialistas y —sobre todo— contra la actuación burocrática y autoritaria de los estados autodenominados socialistas. Buber estaba pensando en las pequeñas comunidades experimentales del socialismo utópico, antecedentes de las nuevas comunas socialistas creadas por los colonos judíos en Palestina: los *kibbutzim* tenían, sin duda, un aire utópico con el que Buber simpatizaba como “visión de lo justo”.³²

ESTUDIAR LA UTOPIÍA

Junto a la mencionada reivindicación del socialismo como utopía —quizá como la mayor de las utopías o la que más merecería ese nombre—, el otro cambio significativo del siglo xx, ya en su último cuarto, fue la aparición de un campo científico llamado expresamente de *estudios utópicos*; o más habitualmente identificado con su nombre inglés, *Utopian Studies*, ya que se originó en los países anglosajones y es, hasta hoy, un campo que se desarrolla fundamentalmente en lengua inglesa, hege-

³¹ *Ibid.*, p. 17.

³² *Ibid.*, pp. 179-189.



UTOPIA Y SOCIALISMO

monizado por investigadores anglosajones y en el que predominan paradigmas anglosajones.

Este campo surgió del tronco de la filología, como un área especializada de los estudios literarios, próxima a los estudios culturales. Por lo tanto, en muchos de sus clásicos había un predominio de la definición de la utopía por la forma: la utopía sería, para estos autores de los años setenta, ochenta y noventa, un género literario formado por los textos que describen sociedades imaginarias más perfectas que aquella en la que vive el autor, se sitúen estas en lugares inexistentes —como en la utopía clásica— o en un tiempo futuro —como en las utopías modernas—.³³

41

Una adquisición relevante de estos autores ha sido la de incluir la distopía como un caso especial dentro del género utópico: el de las descripciones tenebrosas de una sociedad futura peor que la actual, pero posible si no se revierten las tendencias que anuncian ese resultado.³⁴ Este subgénero de la distopía tiene mucha relación con la historia del socialismo, pues las obras mayores de este tipo se hicieron precisamente para advertir de los peligros que suponían el “socialismo real” de la Unión Soviética y su deriva totalitaria en la época de Stalin. Los dos ejemplos clásicos serían *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley (1932) y *1984*, de George Orwell (1949).³⁵

Sin embargo, no todos los estudiosos de este campo de los estudios utópicos, cada vez más plural, han adoptado una definición de la utopía por la forma, que la limitaría a un género literario. De hecho, ha resultado insoslayable el planteamiento de otros investigadores que, atentos a lo que han significado

³³ Sargent, *British and American Utopian Literature, 1516-1975*; Kumar, *Utopia and Anti-utopia in Modern Times*; Claeys y Sargent (eds.), *The Utopia Reader*.

³⁴ Claeys, *Dystopia*.

³⁵ Huxley, *Brave New World*; Orwell, *Nineteen Eighty-Four*.

42

el movimiento obrero y el pensamiento socialista en el mundo contemporáneo, no limitan la utopía a un conjunto de textos, sino que incluyen también movimientos sociales, experiencias comunitarias y cualquier tipo de doctrina o de práctica respaldada por lo que podría llamarse un *impulso utópico*: una actitud crítica, idealista, radical, esperanzada, inspirada en la concepción de que un mundo mejor es posible. Desde ese punto de vista, el criterio fundamental no sería ya la forma, sino el fondo; es decir, el contenido de los planteamientos utópicos y la función que desempeñan en la dinámica social. En este sentido, fueron pioneros planteamientos como el de Barbara Goodwin, para quien las utopías no son fantasías inútiles, sino fenómenos cruciales en el pensamiento y en la práctica política, donde cumplen la doble función de crítica social y de exploración de mundos posibles; esa crítica social se realiza mediante el extrañamiento, es decir, la comparación crítica con una sociedad ideal, sea expresada en el género clásico de la ficción, o sea creando comunidades modélicas, discursos o prácticas utópicas.³⁶ En la misma dirección podría señalarse la aportación de Fredric Jameson, quien, aunque centrado en el análisis de la ciencia ficción como género literario —y, por tanto, en la utopía como texto—, sin embargo reivindica una definición por la función más que por la forma, entendiendo que lo que caracteriza a la utopía es la crítica del presente.³⁷

La ampliación del campo de la utopía, impuesta por la necesidad de integrar en él todas las manifestaciones del socialismo —y no solo un género literario específico— ha acabado dando forma a este campo de los estudios utópicos, en cuyos congresos, revistas y asociaciones se entrecruzan objetos de estudios literarios con otros que vendrían de la historia de los

³⁶ Goodwin y Taylor, *The Politics of Utopia*.

³⁷ Jameson, *Arqueologías del futuro*.



UTOPIA Y SOCIALISMO

movimientos sociales, de la historia del pensamiento, la ciencia política, sociología, antropología, etcétera.³⁸

Como consecuencia, los autores que han intentado desde finales del siglo xx sintetizar un nuevo concepto de utopía acorde con ese carácter multifacético que se le reconoce al objeto, han tenido que optar por definiciones amplias, que abarquen esa variedad de manifestaciones que hoy reconocemos al fenómeno utópico. Ruth Levitas, tras analizar detenidamente todas las manifestaciones de utopía que circulan, acababa diciendo —en 1990— que las utopías pueden presentar diversos contenidos, formas y funciones; pero que, si hubiera que buscarles un sentido común a todas ellas, sería la expresión del deseo: el deseo de lograr una vida mejor.³⁹

43

En lengua española, un intento similar ha sido el de la filósofa argentina Graciela Fernández en 2005. Al igual que Levitas, asume la conveniencia de optar por un concepto amplio y flexible de la utopía, aun siendo consciente de las ambigüedades que encierra. Y añade la convicción de que vivimos claramente en el periodo de la muerte de la utopía. Derrotadas las grandes fiestas utópicas del siglo xx —desde mayo del 68 hasta las revoluciones, guerrillas y toda clase de socialismos— triunfan la represión, la involución y la sensación de estar viviendo en una sociedad hedonista y cínica, que no tolera deseos a largo plazo. Las nuevas generaciones ya no buscan la transformación social, sino el logro de satisfacciones privadas, íntimas. En ese marco, el término utopía ha adquirido un tono romántico, fracasado, gestual, de nostalgia por los ideales perdidos. Incluso como género literario, la utopía ya no vende; es demasiado

³⁸ Dos ejemplos de esto podrían ser los índices de la revista *Utopian Studies* (publicada por la *Society for Utopian Studies* americana) y los congresos de la *Utopian Studies Society* europea (en línea <<http://utopian-studies-europe.org/conference-abstracts/>>. Consulta: 31/03/2017).

³⁹ Levitas, *The Concept of Utopia*, pp. 8-9.



dulce y beatífica para los paladares actuales, sobre todo si se compara con otros géneros más propios del presente, como la distopía misma, la ciencia ficción o la novela negra. A todo esto le llama Fernández la “condición antiutópica” de nuestro tiempo.⁴⁰ Y la clave para producir este resultado ha sido el ciclo de auge y fracaso del socialismo.⁴¹

44 El planteamiento pesimista de Fernández remite a una obra en la que Zygmunt Bauman había afirmado ya, 30 años antes —y, por lo tanto, mucho antes de la desaparición de la Unión Soviética—, la centralidad del socialismo como la gran utopía contemporánea, en un doble sentido: por un lado, porque las definiciones y los debates sobre la utopía y lo utópico han estado condicionados por las percepciones del socialismo en los siglos XIX y XX; y por otro lado, por el ciclo de auge y caída del “socialismo real”.⁴² Cuando este apareció en 1917, el triunfo de la Revolución rusa fue saludado por muchos como la realización final de la utopía socialista. Luego, desde que se afirmó la deriva totalitaria que identificamos con el estalinismo, el régimen comunista ruso fue objeto más bien de advertencias distópicas. Y, a medida que aparecían los síntomas de anquilosamiento y de fracaso que anunciaban el derrumbe del bloque soviético —el cual llegaría finalmente entre 1989 y 1991—, se fue imponiendo un pesimismo creciente sobre las utopías y sobre su capacidad para transformar el mundo en un sentido positivo. El hundimiento de la URSS, por otro lado, devolvió el comunismo al terreno de las utopías, de los ideales sociales brevemente ensayados y fallidos, en línea con la Icaria de Cabet o los falansterios de Fourier. Tras la crisis del socialismo, la gran “utopía activa” según Bauman, sería necesaria una nueva utopía; pero, a la altura de 1976, no veía cuál podía ser esa nue-

⁴⁰ Fernández, *Utopía*, pp. 179-186.

⁴¹ *Ibid.*, p. 53.

⁴² Bauman, *Socialism*, p. 36.



UTOPIA Y SOCIALISMO

va utopía ni quién su agente portador, por lo que se mostraba pesimista al respecto.⁴³

RECUPERAR LA ESPERANZA

Sin embargo, la utopía en sí misma sigue siendo necesaria. Y lo es porque desempeña cuatro importantes funciones en el proceso histórico según Bauman, funciones que el socialismo había venido cumpliendo hasta que entró en crisis: relativizar el presente; explorar extrapolaciones de las tendencias de la sociedad actual; mostrar futuros alternativos entre los que se pueda elegir; e influir sobre la acción para conseguir el cambio.⁴⁴ 45

Incluso en un balance tan pesimista como el que hacía en 2005 la autora argentina antes mencionada, Graciela Fernández, ella también respondía positivamente ante la pregunta sobre si sigue quedando algún lugar para la utopía después de la crisis del socialismo. Las utopías siguen siendo necesarias porque los problemas acuciantes a los que pretendían responder desde los inicios de la modernidad —desigualdad, pobreza, explotación...— siguen sin encontrar solución; e incluso el sistema capitalista ha añadido problemas nuevos como la destrucción del medio ambiente, la amenaza de guerra nuclear o el cambio climático, a los que es urgente buscar soluciones imaginativas. En este contexto, en el que se apela a un uso moderado del pensamiento utópico, que equilibre el principio de esperanza con el principio de responsabilidad, es necesario asumir también que el contenido esencial de la utopía es la crítica: no solo la crítica de la ideología —para desenmascarar a los sostenedores de un *statu quo* injusto—, sino también la crítica de la utopía misma, incluyendo la utopía socialista.⁴⁵

⁴³ *Ibid.*, pp. 90-91.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 13-16.

⁴⁵ Fernández, *Utopía*, pp. 185-191.



46

En este espacio de la crítica es donde se debe situar el papel de los estudios utópicos como nueva disciplina académica: una crítica activa y combativa, alejada de la mera erudición, del gusto por el coleccionismo de anticuario, que tiende a domesticar a las utopías convirtiéndolas en piezas de museo; pero que renuncie también a ser los aguafiestas de la alegría utópica. La alegría, como el humor y la sátira, han sido siempre consustanciales al utopismo, ya desde el título de la obra de Tomás Moro, que decía ser “librito de oro no menos saludable que festivo”. Entre una y otra tentación, los investigadores y estudiosos de este nuevo campo académico tienen la oportunidad de utilizar el conocimiento para sustentar la esperanza de que un mundo mejor es posible.

Aplicada al socialismo, la crítica debería extenderse a la historia completa de esta corriente de pensamiento y de movimientos políticos y sociales: no se debe aplicar solamente —como pretendió el marxismo— a la historia del socialismo romántico o utópico; ni, como pretenden otros, exclusivamente a la historia del marxismo-leninismo ejemplificada por el régimen soviético. También debe someterse a crítica la historia de la socialdemocracia, de sus renunciaciones sin fin, hasta llegar al estado actual de inanidad que muestra la mayor parte de los partidos socialistas europeos, aliados objetivos y necesarios de las políticas de ajuste de talante liberal-conservadoras para mantener vivo el capitalismo tardío.

En este escenario de crisis del ideal socialista resulta refrescante echar una mirada hacia atrás y recuperar el laboratorio fecundo de ideas que fue el primer socialismo utópico. Allí, en autores como Fourier, encontrarían los socialistas actuales multitud de propuestas inspiradoras, con un sentido emancipador, no lastrado por los prejuicios de la economía política clásica ni por la familiaridad dialéctica con las categorías burguesas de trabajo, Estado, patria y crecimiento.



UTOPIA Y SOCIALISMO

Miguel Abensour lo ha expresado con claridad al pedir una concepción de la utopía que vaya más allá del mero enfoque hacia el futuro, el cual asegura dialécticamente una reproducción cíclica de lo mismo o de alternativas inspiradas por la misma lógica, lo que supondría un “marchitamiento”. Se trata de reclamar una nueva utopía definida por la alteridad, por el distanciamiento absoluto de lo existente. En lugar de asumir que el sistema ha vencido y que nada puede cambiarlo, y limitarse a utopías *micro* de valor testimonial —como hace la mayoría de los activistas actuales que aún se sienten poseídos por un impulso utópico— Abensour propone seguir buscando en la realidad líneas de fuga (en el sentido que mencionaba Theodor Adorno) para abrir brechas (en el sentido de Walter Benjamin). Incluso tiene algo que decir para el trabajo académico de los estudios utópicos, pues propone reconocer la dimensión emocional, afectiva, espiritual si se quiere, que tiene la utopía; y, en consecuencia, dotarse de herramientas para abordar ese otro modo de saber. Así se podrá acceder a un escenario inédito en el que pueda surgir la alteridad. Esto supone desear lo totalmente otro social, que sería lo que podría dar sentido a un nuevo y verdadero socialismo. Para llegar a ese despertar utópico o conversión utópica, las herramientas que habría que poner a prueba serían la negación, la evasión, la extravagancia, la exploración de los márgenes, la sátira, el juego...⁴⁶ Resulta evidente que no es por ahí por donde transitan en la práctica los que hoy en día se denominan socialistas.

47

BIBLIOGRAFÍA

ABENSOEUR, Miguel, “Utopía: ¿Futuro y/o Alteridad?”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, núm. 46, 2009, pp. 15-32.

⁴⁶ Abensour, “Utopía: ¿Futuro y/o Alteridad?”, pp. 20-31.



- ALAS, Leopoldo, Clarín, *El señor y lo demás son cuentos* (Madrid, Espasa-Calpe, 1997).
- AUGIER, Ángel, *Prosa varia* (La Habana, Letras Cubanas, 1982).
- BAUMAN, Zygmunt, *Socialism: The Active Utopia* (Londres, Allen & Unwin, 1976). Ed. española: *Socialismo. La utopía activa* (Buenos Aires, Nueva Visión, 2012).
- BERNSTEIN, Eduard, *Socialismo evolucionista. Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (Barcelona, Fontamara, 1975).
- BLANQUI, Adolphe-Jérôme, *Histoire de l'économie politique en Europe depuis les anciens jusqu'à nos jours, suivie d'une bibliographie raisonnée des principaux ouvrages d'économie politique* (París, Guillaumin, 1837).
- 48 BLOCH, Ernst, *El principio esperanza* (Madrid, Trotta, 2004), 3 vols.
—, *Geist der Utopie* (Múnich-Leipzig, Duncker und Humblot, 1918).
- BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel, *Poesías* (Madrid, Miguel Ginesta, 1884).
- CHAO, Eduardo, dir., *Diccionario enciclopédico de la lengua española: con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, de biografía, de mitología y geografía universal, y todas las particulares de las provincias españolas y americanas* (Madrid, Gaspar y Roig, 1853-1855), 2 vols.
- CLAEYS, Gregory, *Dystopia. A Natural History* (Oxford, Oxford University Press, 2017).
- y Lyman T. SARGENT, eds., *The Utopia Reader* (Nueva York, New York University Press, 1999).
- DÍAZ, Nicomedes Pastor, “Los problemas del socialismo”, en Díaz, 1969-1970, II, pp. 87-262.
- , *Obras completas* (Madrid, Atlas, 1969-1970), 3 vols.
- DOREN, Alfred, “Wunschräume und Wunschzeiten”, en *Vorträge der Bibliothek Warburg 1924/25* (Leipzig-Berlín, Teubner, 1927).
- ENGELS, Friedrich, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (Madrid, Ricardo Aguilera, 1968).
- FERNÁNDEZ, Graciela, *Utopía. Contribución al estudio del concepto* (Mar del Plata, Suárez, 2005).
- GIL MAESTRE, Manuel, “El problema obrero”, *Revista Contemporánea*, Madrid, 15 de octubre de 1898, pp. 78-96.



UTOPIA Y SOCIALISMO

- GOODWIN, Barbara y Keith TAYLOR, *The Politics of Utopia: A Study in Theory and Practice* (Nueva York, St. Martin's Press, 1982).
- HUXLEY, Aldous, *Brave New World: A Novel* (Nueva York, Garden, 1932).
- JAMES O , Fredric, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción* (Madrid, Akal, 2009).
- KUMAR, Krishan, *Utopia and Anti-utopia in Modern Times* (Oxford, Blackwell, 1987).
- LEROUX, Pierre, 'De l'égalité', précédé de 'De l'individualisme et du socialisme' (Ginebra, Slatkine, 1996).
- LEVITAS, Ruth, *The Concept of Utopia* (Nueva York, Syracuse University Press, 1990).
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, "Quevedo y la Utopía de Tomás Moro", en Polussen y Sánchez, coords., 1967, pp. 403-409.
- MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento* (Madrid, Aguilar, 1973).
- MANSILLA, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios Ranqueles* (Caracas, Ayacucho, 1957).
- MARÍAS, Julián, *Historia de la Filosofía* (Madrid, Alianza, 1993).
- ME ÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid, c ic, 1946-1948).
- MERCIER, Louis-Sébastien, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro* (Madrid, Akal, 2016).
- ORWELL, George, *Nineteen Eighty-Four. A novel* (Londres, Secker & Warburg, 1949).
- PÉREZ GALDÓ , Benito, *Las tormentas del 48* (Madrid, Alianza, 1985).
- POLUSSEN, Norbert y Jaime SÁNCHEZ ROMERALO, coords., *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas* (Nimega, Instituto Español de la Universidad de Nimega, 1967).
- PRO, Juan, "Utopia in Spanish: Origin of a Word, History of an Idea", en Juan Pro, ed., *Utopias in Latin America: Past and Present* (Brighton-Portland-Toronto, Sussex Academic Press, 2018), pp. 15-35.
- Real Academia Española, *Diccionario usual de la lengua castellana*, 11ª edición (Madrid, 1869).
- RIBOT Y FONT ERÉ, Antonio, *Poesías escogidas* (Madrid, Imprenta del Tiempo, 1846).
- SARGENT, Lyman T., *British and American Utopian Literature, 1516-1975* (Boston, G. K. Hall, 1979).
- SILVA, José Asunción, *De sobremesa. Novela* (Madrid, Hiperión, 2003).



VALERA, Juan, *Juanita la Larga* (Madrid, Castalia, 1985).

VALLE-INCLÁN, Ramón María del, *La corte de los milagros* (Madrid, Espasa-Calpe, 1997).

PERIÓDICOS

Acción Socialista, Madrid.

El Católico, Madrid.

La Correspondencia de España, Madrid.

La Correspondencia Militar, Madrid.

El Día, Madrid.

50 *El Heraldo*, Madrid.

Revista Contemporánea, Madrid.

El Siglo Futuro, Madrid.

Utopian Studies, Pensilvania.

Vida Socialista, Madrid.